

Reconociendo mi lugar en el mundo

Escrito por Katherine Venegas Ruiz

Con la guía de Laura Mora Cabello de Alba

DUODA Centre de Recerca de Dones de la Universitat de Barcelona

Año 2023

*Una mujer que cuente una experiencia
con las palabras más sencillas, más verdaderas,
más próximas a la vida,
hace un discurso revolucionario.
(Marie Cardinal)¹*

¹ Cita de Chiara Zamboni, en “*Las palabras para decirlo*”. Revista DUODA Estudios de la Diferencia Sexual, N° 57, año 2019.

Prefacio

Este año ha sido un viaje a mis orígenes. Curiosamente, crucé más de 10 mil kilómetros, un continente y un océano, para introducirme en el profundo y hermoso trabajo de reconocer de dónde vengo, y cuál es mi lugar en el mundo.

Acompañada por la sabiduría de cada una de las mujeres que he leído, y de quienes han guiado este curso, junto a mi proceso de trabajo personal y de formación en Terapia Gestalt, he ido transitando el camino que parte desde la disconformidad con mi origen, el identificar las huellas que ha dejado en mí, la disputa y el rechazo, hasta llegar a su reconocimiento y valoración, que es el paso que me encuentro dando hoy, mientras escribo estas líneas.

Inicié este escrito con una idea muy clara para plasmar y transmitir, un darme cuenta profundo: *“para encontrar mi lugar en el mundo, mi (propia) autoridad femenina, necesito primero reconocer el lugar y autoridad de mi madre y de mi padre”*. Porque sí, él y ella son antes que yo, son mi origen.

Llegar hasta aquí me ha supuesto realizar un recorrido interno, de cómo ha sido para mí vivir estos treinta y tres años con ella y con él. En la medida que voy escribiendo, me surgen emociones, recuerdos, resistencias, y un dilema que yo definiría como “ético”, el cuestionamiento de cómo escribir esto *desde mí*, reconociendo mi diferencia y mi lugar, a la vez que *viéndoles* a él y ella, buscando las palabras para decir lo que quiero decir, de una forma que resguarde y honre nuestra relación – simbólica y filial-. Pues éste es el punto en el que me encuentro hoy, mantenerme en relación con mi madre y con mi padre, reconociendo y validando mi diferencia.

Durante este año me he hecho consciente de lo agotador que ha sido resistirme a reconocer la autoridad de mi madre y mi padre. Me ha significado mantener un estado de alerta y de lucha constante, y una gran dificultad para confiar. Así es como comienza a surgir en mí la palabra *rendirme*, como una necesidad de descanso. Realizar este ejercicio de escritura tiene que ver con identificar, en mí, la forma de rendirme a estas resistencias, y entregarme a la confianza, en mí, en las relaciones, en el mundo.

La motivación inicial: un lugar perdido.

En los últimos años de mi vida he identificado una dificultad para encontrar mi lugar en el mundo, reconocer ¿cuál es mi sitio? Me suelo perder con facilidad, en las expectativas, en la autoexigencia, en la complacencia, en la reacción, en el miedo, en la confluencia, en el rechazo. Dejo de estar en mí y de darme el (auto)reconocimiento que necesito para validar mi lugar.

Indagando en mi historia, creo que el primer lugar que perdí fue el de *hija*, no porque me lo hayan prohibido o negado, más bien, yo me fui distanciando de este lugar, en la medida que iba identificando cuestiones que no me agradaban o me dañaban. Aparentemente, un mecanismo de autoprotección que trajo como consecuencia el *resistirme* a seguir siendo sostenida por mi madre y mi padre, por la forma en cómo lo hacían.

¿Qué veía en ella? Mi madre, una mujer que perdió tempranamente su propio origen, esforzada, resiliente y resistente, dañada, sobrecargada, fuerte y vulnerable a la vez, generosa, cuidadora de la vida. Su imagen fue despertando en mí una especie de lealtad, cuidar yo de ella, tal como ella lo había hecho conmigo. La forma que encontré para hacerlo fue convertirme en una “niña buena”, no dar grandes problemas, buscar prematuramente la independencia, seguir sus reglas y complacerla; de esta forma facilitaba su labor y disminuía su sobrecarga. La misión parece noble, sin embargo, a mis tempranos años era insostenible, pues no era el lugar que me correspondía.

Mi padre, por su parte, un hombre de esfuerzo, protector, taciturno, con mucha sabiduría, desconectado del sentir. Me sostenía a su forma, silenciosamente. Su presencia era difusa, me costaba reconocerla. Con él podía encontrar algo de descanso en mi rol de hija, hasta que se separó de mi madre, en ese momento sentí que también se separó de mí. Su presencia fue cada vez más difícil de identificar y de sentir, y si bien, no dejé de ser su hija, creo que internamente sentí que perdí ese lugar.

Todo esto fue generando en mí la creencia de que me tenía que auto-sostener. Fui desarrollando una imagen de autosuficiencia, de que todo aquello que necesitaba para sobrevivir dependía de mi esfuerzo. Y así ha sido mi vida, buscando la seguridad y el sostén por mi cuenta. Hoy miro hacia atrás, y reconozco que es imposible haber llegado hasta aquí sola, sin el cuidado y el soporte emocional, material, inclusive espiritual que me brindaron mi madre y mi padre. Perdí el lugar de hija simbólicamente, porque mi madre siempre estuvo presente, cuidándome y brindándome aquello que yo necesitaba para seguir adelante. Mi padre, menos presente, estuvo a su forma, me cuesta identificar cómo, reconozco su amor.

¿Qué ocurrió en el camino?, ¿cómo fue que dejé de reconocerles como padre y madre? Y no me refiero a nombrarles como tal; dejé de reconocer su *autoridad*. Cito aquí a Carmen Yago, quien propone que *reconocer* a alguien significa verle “*por lo que es*”, no a través de un estereotipo, una expectativa, o por lo que se desearía que fuese². Y claro está, yo dejé de verles por lo que eran, y me centré en lo que yo esperaba que él y ella fueran para mí, el padre y la madre “ideal”. Evidentemente no lo fueron, supongo que nadie en esta vida lo es. Y, por otro lado - tal y como me lo dijo una querida amiga hace unas semanas - ¿he sido yo la hija ideal para él y ella? Seguramente tampoco lo he sido.

Hoy miro hacia atrás, y logro verles un poco más por lo que son, mirar sus historias de vida desde la humanidad, y distanciarme de las expectativas de los roles idealizados. También logro mirar con mayor entendimiento las razones que me llevaron a perder mi lugar de hija, con menos juicio, y más compasión de mí misma.

Todo el camino recorrido hasta ahora, me ha llevado a la comprensión de que, mientras no reconozca la autoridad de mi padre y de mi madre, que son mi origen, difícilmente reconoceré mi lugar y mi autoridad personal. Me interesa explicitar aquí, que llegar a esto ha sido fruto de un largo trabajo personal, donde he decidido verme a mí y verles a él y ella, padre y madre, y que escribir sobre esto es un acto de autoconsciencia, en ningún caso generalizable, pues cada persona sobrevive con su propia historia.



3

² Idea extraída del texto “*Practicar la escucha*”, elaborado por Carmen Yago, docente del Máster “La política de las mujeres”.

³ En la foto, mi madre María Verónica Ruiz del Sol, mi padre Juan Eduardo Venegas Reyes, y yo, Katherine Venegas Ruiz. Nos encontramos en una playa de la ciudad donde crecí.

La relación con la autoridad.

Desde niña aprendí que la autoridad estaba en directa relación con el poder. En mi familia, en la escuela, y en todos los entornos que frecuentaba, la idea que se me inculcaba es que alguien más – adulto – ejercía algún tipo de poder sobre mí – niña -. En este rol, mi tarea era obedecer, cumplir con mi “deber” y hacer lo que otros me decían: hacer la tarea, sacar buenas notas, ser ordenada, obedecer a los mayores, etc. Si cumplía con esto, lograba complacer y/o evitar el castigo. Era una dinámica de poder, donde yo veía el poder en el/la otro/a y no en mí.

Logro reconocer aquí algo distinto, aquellos comentario o consejo que venían de mi madre y mi padre y que yo recibía con aceptación, como si me estuvieran diciendo una verdad incuestionable, ante la cual podía resistirme un momento, pero finalmente dejaba entrar en mí, pues sabía que tenía un sentido más grande. Lo reconozco en frases como: hay que cuidar la salud, aprende y estudia para que te vaya bien en la vida, apóyense y respétense entre hermanos, entre muchas otras. Reconozco aquí esa autoridad distinta, que no habla desde el “deber”, sino que desde una sabiduría que es superior, orientaciones que me acompañarían en la vida.

En la medida que fui creciendo, fui encontrando otra alternativa: la lucha contra la autoridad. Aquello que no me hace sentido, que no se ajusta a mis creencias, prácticas o ideales, entonces no le doy reconocimiento y me pongo en su contra. Inicialmente, esta lucha fue contra los modelos de papá y mamá, contra aquellas inconsistencias que veía entre lo que yo esperaba de él y ella como padre y madre, y lo que había realmente – su propia humanidad -. Esta dinámica la fui generalizando cada vez más, con cada situación de injusticia, o persona que representara aquello con lo que yo no estaba de acuerdo, entonces me ponía en lucha. Sin darme cuenta, esto también me llevaba a mantener una lucha interna conmigo, con aquello que yo rechazaba de mí misma, aquello de papá y de mamá que también habita en mí.

Por muchos años me he movido en estos polos: la obediencia o el rechazo. Así ha sido mi relación con la autoridad, la autoridad asociada al poder. En la obediencia cedo completamente el poder al otro/a, y en el rechazo y la lucha busco igualar o superar el poder del otro/a. Siempre en relación al otro/a, me pierdo de mí, pierdo mi lugar. Hoy me doy cuenta de lo agotador que ha sido estar en esta lucha, y también de todo lo que me pierdo yendo de un polo al otro; me pierdo el reconocer aquello que sirve para mi vida, aquel mensaje que, a su forma, me transmitieron mi padre y mi madre, desde su experiencia, desde su sabiduría, desde

su autoridad, y que yo en algún momento dejé de ver por estar o en la obediencia ciega, o en el rechazo absoluto.

Reconocer la real autoridad de mi madre y de mi padre, me está significando salir de la lógica de la lucha de poder: verles y reconocerles como seres que son anteriores a mí⁴. Si estoy en rechazo con lo que él y ella han significado para mí, entonces estaré en rechazo conmigo misma, porque son mi origen y hay mucho de sí que habita en mí. Si les reconozco lugar, entonces encuentro el mío, primero el de hija, y hoy, el de mujer adulta. En este lugar reconozco y confío en mi poder personal, sin ponerlo en juego, no me pierdo. Encontrar mi lugar en este mundo, y reconocer mi autoridad femenina, es reconocer mi origen, y mi origen tiene madre y también tiene padre.

Algo que entendí leyendo a Chiara Zamboni⁵, y que veo reflejado en mi proceso personal, es que la experiencia femenina está cruzada por el sentimiento de identidad o diferenciación con la madre: “soy semejante a ti”, o “soy distinta a ti”. En mi caso, yo diría que esto también ha estado presente en la relación con mi padre, sobre todo el “soy distinta a ti”, mi necesidad de diferenciación con él, por tanto, con lo masculino. En mi experiencia he ido comprendiendo que, aprender a reconocer mi lugar implica *confiar en mí*, en lo que soy, más allá de la comparación exterior.

Este acto de escritura, para mí, es un ejercicio de *pensar en propio*⁶. Encontrar las palabras para definir mi lugar en el mundo, reconociendo mi origen y lo que habita en mí, teniendo como referencia a mi madre y a mi padre, sin definirme como semejante o en contra de ella o de él, encontrando mi *grandeza de ser hija*⁷.

De la desidealización al reconocimiento: la relación con mamá.

Durante mis primeros años de vida tenía a mi madre idealizada, la veía como una mujer fuerte, resistente, resiliente, que podía con todo, cuidadora, esforzada, inteligente, una “super mamá”. Y sí, lo era, hasta el día de hoy lo es, y también es muchas otras cosas más, pero mi consciencia de niña me hacía ver, sobre todo, lo que yo admiraba de ella, y lo que ella me mostraba de sí

⁴ Para desarrollar esta idea me he inspirado en la frase de Margarita Porete «*por encima de la ley, no en contra de la ley*», que cita Clara Jourdan en su texto “Derecho, derechos y guerra”.

⁵ Chiara Zamboni, (2000). *La vía simbólica de la relación materna y el cortejo de las imágenes del «yo»*. DUODA Revista d'Estudis Feministes, N° 19, p. 95

⁶ Frase que leí de Clara Jourdan, en una de sus lecciones del curso “La política de los simbólicos”.

⁷ Frase que leí de Carmen Yago, en una de sus lecciones del curso “Psicología de la libertad femenina”.

misma. El estereotipo de la “buena madre” es tan fuerte, que me es fácil entender que mi madre (así como muchas otras mujeres) haya optado por ocultar ciertas características de sí misma, a fin de evitar verse expuesta al juicio de no calzar con esta imagen. Y claro está, cuando yo la comencé a ver como mujer, como ser humano en su totalidad, creo que comenzó la desidealización, veía la realidad, y no solo aquello que mis ojos de niña querían ver.

Con esta caída de la idealización, surge también la diferenciación: comencé a identificar cuestiones que no me gustaban o que me dañaban, un modelo que yo no iba a seguir. Me es difícil ahora mismo escribir sobre los sentimientos que han estado presentes en la relación con mi madre. Por una parte, veo lo duro que puede ser para ella saber que su hija, su amada hija, a quien ha cuidado y dado la vida, sienta esta necesidad de diferenciación. Y, por otra parte, también me parece necesario reconocer mi experiencia, lo que mi consciencia de niña interpretó y vivió, y darle un lugar a eso. Supongo que, si mi madre pudiera contar su historia, habría muchos otros matices que yo no estoy considerando aquí, pues hablo desde mí.

Comenzar a ver a mi madre como mujer, fue ver la forma en que ella se relacionaba con los hombres – mi padre inicialmente, y más adelante, su segundo esposo -. Uno de los dolores más profundos que reconozco, ha sido sentir que mi madre escogió a sus esposos por sobre mí. Ahora entiendo que no es la madre la que escogió, sino que la mujer, pero la traducción que hice como hija fue sentirme desplazada. Finalmente, y tal como dice Adrienne Rich: *“La institución de la maternidad en mayor o menor medida halla culpables a todas las madres por haber fallado a sus hijos”*⁸

Por muchos años he visto a mi madre como una víctima del patriarcado, víctima de sus esposos, de su propio padre, y de las condiciones de vida. De alguna forma, verla a ella así, me hizo posicionarme a mí también en ese rol, supongo que por identificación. También fue generando en mí la lealtad de cuidarla, protegerla de este enemigo violento y facilitarle las difíciles tareas que le tocaba vivir. Sin darme cuenta, le resté valor, dejé de ver su propia fuerza, su capacidad de sostenerse y su libertad. No sé si lo que yo realmente estaba cuidando era a ella, como mujer, o las expectativas que yo depositaba en ella: si yo la cuidaba a ella, ella (madre) estaría bien para cuidarme a mí.

Una de las cosas que me ha ayudado a transformar la visión que tengo de mi madre, es ir reconociendo su libertad y su fortaleza, como dice Carmen Yago, ir movilizando la mirada de la

⁸ Esta cita textual, así como muchas ideas que me han servido de inspiración para escribir este apartado, la he extraído del libro de Adrienne Rich, *Nacemos de Mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Ed. Traficantes de Sueños.

madre víctima del patriarcado hacia la mujer que deseó ser mi madre, cuestión necesaria para salir del sentimiento de desamparo. También ha sido necesario reconocer las condiciones en las que se encontraba mi madre cuando me dio la vida: su etapa vital, su situación socioeconómica, su estado emocional, las redes con las que contaba, sus propias necesidades y las expectativas depositadas sobre ella. Considerando esto, se hace mucho más visible su coraje de traerme al mundo, y su profundo amor hacia mí. Darle lugar y valor a esto, es lo que me está guiando en el ejercicio de reconocer su autoridad materna.

Hoy me doy cuenta de que la lucha con mi madre ha sido por mantenerla en este rol idealizado, hacer lo posible por “transformarla” en aquella madre ideal, que atendiera a todas mis necesidades de niña. Evidentemente, es una lucha ineficaz, porque independiente de los esfuerzos que yo haga para cuidar y/o mantener la relación con mi madre, no tengo el poder para cambiar algo en ella - ni a nadie -, y porque, al día de hoy, ya no necesito lo mismo de ella, por tanto, es una lucha obsoleta. Por otro lado, me doy cuenta de que, desear una madre ideal, que hubiese estado cien por ciento para mí, como hija, sería pedirle llegar a un punto de deshumanización, de olvido de sí misma, y esto es algo que no deseo para ella.

⁹Con los años, mi camino por el feminismo y el trabajo terapéutico, siento que finalmente estoy consiguiendo reconocer a la mujer que es mi madre, tal cual es, y valorando aquello que me dio: la vida, la palabra, el amor, el cuidado. Reconociendo que su autoridad no es la orden, la indicación, la obediencia, más bien, es el aprender a cuidar, de mí y de la vida. De mi madre aprendí a ser consciente del mundo, de la naturaleza, de los animales, de que comparto la vida con otras personas, consciencia de la humanidad y la existencia.



Mi madre es mi origen, ella me trajo al mundo. Piera Aulagnier, (psicoanalista francesa, citada por Chiara Zamboni), sostiene que *“lo que una madre piensa y se imagina de su hija o hijo antes del nacimiento, crea una cuna simbólica de palabras en la que, al venir al mundo, su criatura encuentra su lugar”*¹⁰. Mi madre me posicionó en el mundo con todo lo que ella tenía

⁹ En la foto, en mi primer año de vida, con mi madre, a sus jóvenes 21 años.

¹⁰ Chiara Zamboni, (2000). *La vía simbólica de la relación materna y el cortejo de las imágenes del «yo»*. DUODA Revista d'Estudis Feministes, N° 19, p. 89

disponible para mí en ese momento, suficiente o no, era lo que tenía, y de lo que tenía me dio su “más”.

Parte del trabajo, también ha sido entender que no estoy en deuda con mi madre, que reconozco y agradezco su don, su regalo, que me dio la vida y la palabra, y esto no significa que le debo algo. Al limpiar esa deuda, doy espacio a que surja la *gratitud* y la libertad en la relación. Así mismo, he ido reconociendo y aceptando la idea de que hay una parte de mí que sigue en identificación con ella, y cómo no estarlo, si me formé y habité dentro de su cuerpo. Supongo que una parte de mí siempre estará marcada por esta experiencia. Aquí es cuando cobran mucho sentido para mí las palabras que he leído de Chiara y de Clara¹¹, y que me invitan a buscar la forma de transformar esa confluencia que alguna vez tuve con ella, a una relación de libertad, tomándola como referencia para definir mi individualidad y mi propia diferencia, sin rechazo, sin lucha.

Ir en contra del orden patriarcal: la relación con papá

La relación con mi padre ha sido la lucha contra el enemigo. Desde niña aprendí a verlo como “el personaje malo de la película”; a quien no había que incomodar, más bien, había que obedecer. De esta relación aprendí el miedo, la incertidumbre frente al castigo, y que siempre existía el riesgo de que su enojo apareciera y fuera expresado con violencia. Durante los años de mi infancia que conviví con él en la misma casa, la dinámica fue ver a un padre proveedor, muy sacrificado por mantener económicamente a la familia, solía verlo llegar cansado a casa, con poco tiempo, energía y ánimo disponible, irritable y estricto. Aunque también es cierto que recuerdo su participación y presencia, los paseos de verano y su cariño. Luego, cuando se separa de mi madre y se va de casa, su presencia fue casi nula, la distancia fue mucho mayor.

Reconozco mi búsqueda de protección en su figura, creo que ésta fue mi idealización con él, pensar que él era la persona que me protegería y me impulsaría a ir con confianza por la vida, sin embargo, fue todo lo contrario, con su partida de casa me sentí desprotegida, y con su agresividad e impulsividad me hizo sentir insegura. De niña aprendí que había que “cuidarse de los hombres”, y creo que ahí es donde comienza mi mayor lucha, ese estado de alerta que me ha hecho generalizar el peligro, ver al enemigo en todas partes.

¹¹ Chiara Zamboni y Clara Jourda, docentes del Máster de La política de las mujeres. Sus textos y reflexiones han servido de inspiración para mí.

La lucha contra la figura de mi padre, lo que él ha simbolizado para mí, ha sido una lucha que he extendido al resto de los hombres, hacia el sistema patriarcal. Bell Hooks define el patriarcado como “*un sistema político-social que insiste en que los machos son inherentemente dominantes, superiores a todos los seres y a todas las personas consideradas débiles (especialmente las hembras), y dotados del derecho a dominar y reinar sobre los débiles*”¹². Me hace mucho sentido esta definición, pues reconozco en mí esa búsqueda por no querer verme o sentirme amenazada, invadida o dominada. En la vida, me he visto luchando contra aquello con lo que no estoy de acuerdo, contra la violencia, contra los abusos, contra las injusticias, y contra todo aquello que representa el orden patriarcal. Reconozco una hiperreactividad en mí, que me hace estar en constante alerta y resistencia, y que me dificulta el descansar y confiar.

Así mismo me he visto luchando contra mi padre, resistiéndome a lo que él tiene para entregarme, y también a identificar lo que yo he necesitado de él. Me he empeñado en igualar mi fuerza a la de él, y me he dado cuenta que es una cuestión que nunca voy a lograr, ¿Cómo podría hacerlo, si mi padre viene antes que mí?



¹³Siempre me he resistido a reconocer la asimetría de nuestra relación, por no querer verme en un lugar inferior, sin embargo, al otorgarle a él el papel del “malo”, yo me quedé en el rol de víctima, y así aprendí a verme y a relacionarme. Hoy, estoy en el trabajo de reconocer esta asimetría sin sentirme víctima. Estoy aprendiendo a reconocer su autoridad de padre, que su lugar es antes que el mío, y que yo tengo mi propia fuerza, que no la quiero usar para estar en lucha con la suya. Su fuerza, que por muchos años la vi como una amenaza, también es una fuerza que me ha sostenido hasta ahora. Mi fuerza, es la que me ayuda a mantener mis límites, y decidir, por ejemplo, qué cosas no voy a permitir que ocurran en nuestra relación.

El centrarme en el daño me ha dificultado el ejercicio de reconocer qué me ha dado mi padre. Me veo en ese lugar de victimismo, la niña que fue dañada por papá. Lo cierto es que hubo un daño, eso es real, pero sé que no fue solo eso, hay más. De Laura Mora¹⁴ he leído una frase que

¹² Bell Hooks, (2004). *Entender el patriarcado*. Publicado en *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love*, Simon and Schuster. Traducido por Gabriela Adelstein, Buenos Aires, 2014

¹³ En la foto, mi padre me sostiene.

¹⁴ Laura Mora, docente del curso “*Derecho del deseo, derecho sexuado*”, y quien me ha acompañado, inspirado y guiado en este ejercicio de escritura.

me ayuda a transitar: ¿cómo puedo nombrar la violencia, sin convertirme en víctima? Y creo que por ese camino voy. No es algo que tenga resuelto, para nada, y aún no sé muy bien por dónde voy a seguir. Pero sí me he dado cuenta que estar en lucha con mi padre, me lleva a estar en “oposición al otro”, y ese es un lugar que no quiero seguir habitando, pues me cansa mucho. ¿Cuál es el reconocimiento que tengo que hacer aquí? Sigo en camino por descubrir, en principio diría que reconozco su amor, su gran amor hacia mí, su impulso vital, su respaldo simbólico, y nuevamente me inspiro en Laura para decir que me dio un orden para desordenar, un punto de referencia para decidir dónde quiero estar y dónde no.

De María Milagros entendí que el patriarcado muere en mí cuando dejo de darle crédito, ella me dice sabiamente “*los patriarcas que queden seguirán en el mismo sitio, pero tú no*”¹⁵. Y este es mi trabajo actual, moverme por el mundo sin – tanto - miedo, confiando en mí, dejando la comparación que me lleva a definirme constantemente en oposición al otro – otro hombre – y posicionarme en mi sitio, el que yo quiera tomar. En este sentido, es importante para mí identificar y nombrar lo que me ha aportado mi padre, saber que llevo conmigo cosas que vienen de él y que me sirven para la vida, y que reconocer esto no me lleva a ser igual a él.

Me rindo, para dar paso a lo nuevo.

La palabra *rendirme* me surge como una necesidad muy clara. En un principio solo resuena en mí, sin tener una comprensión de cuál era su significado, sin embargo, venía acompañada de un sentir profundo, el cual no podía dejar de escuchar. Cuando me reúno con Laura¹⁶ y le comparto esto, todo comienza a cobrar más sentido. Su guía me lleva a la pregunta *¿de qué me rindo?*

Me rindo de luchar contra aquello que quiero que sea distinto: mi madre, mi padre, y en ocasiones, el mundo. Verles y reconocerles como la mujer y el hombre que son, me lleva a reconocer la parte de él y ella que habita en mí. Por tanto, me rindo de luchar contra – lo que no me gusta de – mí.

¹⁵ Frase que me aportó María Milagros Rivera Garretas, en una de las tantas reflexiones compartidas en el curso “*El placer femenino ya es política*”.

¹⁶ Laura Mora, además de guiarme y acompañarme con sus reflexiones, lo hace a través de su texto “*Me rindo: aceptar y resistir el ser mujer*”. Revista DUODA. Estudios de la Diferencia Sexual, N° 37, 2009.

Me rindo de poner resistencia, de habitar el rechazo, de estar en guardia constante, preparada y dispuesta para la lucha. Me rindo de mis exigencias a que las cosas sucedan como yo quiero o creo que son correctas.

Me rindo, porque no quiero seguir midiéndome en relación a “lo otro”, a lo que me faltó, a lo que no tuve, a lo que me dañó. Lo reconozco, sí, es parte de mi historia y de mi origen, identifico lo que hay que reparar, y me impulso desde ahí. Por tanto, me rindo para abrirme a recibir lo que hay disponible para mí, tal como viene, no como yo lo espero o exijo.

Me rindo ante lo nuevo, aquello que desconozco, y que no puedo controlar. Y en ese rendirme, me apoyo en la confianza, confianza que he ido descubriendo en mí, en lo que soy; confianza en el mundo, en lo que hay y está, confianza en las relaciones que he ido construyendo con otras, y algunos otros. Me rindo y me apoyo en la *conciencia de que hay algo más*, como dice Luisa Muraro, *algo otro que no podemos saber, que no nos toca decidir*¹⁷.

En una historia de lucha y esfuerzo, rendirse significaba morir. Hasta ahora, mi estado permanente de resistencia y lucha interna, me han llevado a la idea de que rendirme es perder, perder algo, mi fuerza interna, lo que me ha ayudado a sobrevivir. De a poco, voy comprendiendo que rendirme también es ganar, ganar paz, calma, tranquilidad y descanso.

No quiero seguir luchando. Quiero construir, quiero crear, quiero ser “más”. Quiero que ese sea mi sitio, un lugar de fertilidad, no de resistencia. Quiero caminar hacia ese lugar donde me pueda reconocer a mí, y reconocer a las y los demás, a mi padre, a mi madre, al mundo. Dejar de esforzarme por conseguir reconocimientos externos. Si tengo el mío, también tengo el suyo.

Rendirme es dejar que muera en mí la resistencia, la lucha, la tenacidad, para que aflore lo nuevo, la apertura, el sometimiento desde la consciencia, la humildad y el reconocimiento de autoridad; desde la confianza de que todo se construye en relación.

Me rindo, y dejo de buscar incesantemente la seguridad externa. Confío en lo que soy, y en que ya tengo un lugar en el mundo y no lo voy a perder. De paso, puedo darle lugar a esa niña que fui, y que en algún momento se sintió –me sentí- perdida.

Me permito la pasividad, como una forma de dejarme sorprender y dejarme atravesar por lo nuevo. Puedo estar abierta y receptiva ante aquello que acontezca, gracias al coraje que me

¹⁷ Luisa Muraro, (2006). *El dios de las mujeres*. Traducción por María Milagros Rivera Garretas.

otorga el reconocerme y definirme, como mujer, considerando mi origen, y no en oposición a este.